

DISERTACION

SOBRE LA FIEBRE MALIGNA LLAMADA VULGARMENTE

VÓMITO NEGRO,

ENFERMEDAD EPIDÉMICA

EN LAS INDIAS OCCIDENTALES,

LEIDA EN JUNTA DE SOCIEDAD PATRIOTICA

DE LA HAVANA,

EL DIA 5 DE ABRIL DE 1797.

Por el Sócio D. Tomás Romay, Doctor en
Medicina, Maestro en Filosofía, Catedrático
que fué del Texto de Aristóteles, y es
actualmente de Vigentes de Medicina
en esta Real y Pontificia Universidad.



CON SUPERIOR PERMISO.

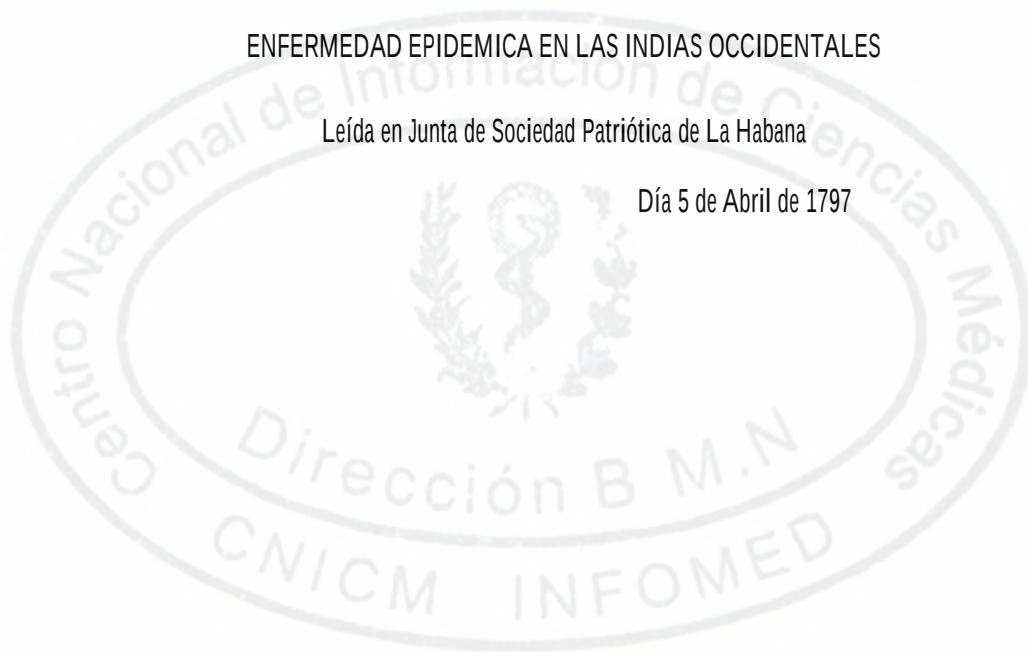
Havana: En la Imprenta de la Capitanía General.

MDCCXCVII.

DISERTACION
SOBRE LA FIEBRE MALIGNA LLAMADA VULGARMENTE VOMITO NEGRO
ENFERMEDAD EPIDEMICA EN LAS INDIAS OCCIDENTALES

Leída en Junta de Sociedad Patriótica de La Habana

Día 5 de Abril de 1797



Naturaleza, o para reprimir la codicia del hombre, o para hacerle más apreciables sus preciosas y útiles producciones, no satisfecha con ocultarlas en los abismos del mar, y en las entrañas de la tierra, le ha opuesto otros obstáculos para dificultarle más su adquisición. La América es una de las regiones más favorecidas de esta madre munífica; en ella ha reunido casi todas las preciosidades que había esparcido en las otras, y aún le ha concedido algunas de que ellas carecen; pero la América está separada del antiguo continente por un mar inmenso, por una barrera celeste que se juzgó insuperable, y su clima en muchas partes es contrario al de la Europa. Sin embargo, el hombre se arroja a estos peligros, penetra impávido por el borrascoso océano, pasa el Trópico, resiste los ardientes calores de la Zona, y cuando se lisonjeaba de compensar tantos trabajos disfrutando de las delicias que ofrece este país siempre adornado con las gracias y dones de la primavera y del otoño, le invaden diferentes enfermedades que frustran sus lisonjeras esperanzas. Tales son, entre otras, las fiebres pútridas intermitentes y remitentes, biliosas o linfáticas que exterminaron los intrépidos conmlitones de Colón y de Ovando, y que aún de dejar de experimentarse principalmente en los lugares rodeados de bosques y pantanos. Sobre éstas han escrito Chevalier, Pouppé, Desportes y Desperrières. Otra enfermedad más terrible, desconocida a los AA. nacionales, y acerca de la cual han tratado muy pocos extranjeros, el Vómito negro, será el objeto de esta Disertación.

Artic. 1 HISTORIA DEL VÓMITO NEGRO

Esta enfermedad llamada por los franceses *Maladie de Siam*¹, y por los ingleses *The yellow fever, or black Vomiting*,² se experimentó por primera vez en la isla de la Martinica, con motivo de una numerosa es- cut' dra que llegó a ella procedente de Siam. No he podido averiguar el año en que esto sucedió: sólo me consta por Makittrick que el de 1718 afligía a los forasteros que llegaban a la Barbada. Por la descripción que hace Pouppé Desportes se conoce que la observó en la colonia francesa de Santo Domingo el año de 33 de este siglo, aunque él la llama enfer-

¹ Pouppé Desportes, *Hist. des Malad. de S. Doming.* tom prem pag. 191. Moultrie. *Disert de febre maligna biliosa Americae.* Makittrick. *Dissert. de febre Indiae occident. maligna flava.*

² Moultrie. *ibidem.*

medad de Siam. La Escuadra inglesa de Vernon llegó infestada de ella a la bahía de Guantánamo situada al sud de nuestra Isla, el de 1741. Ignoro que antes del año 62 la hubiésemos conocido en la Havana; entonces hizo los mayores estragos en la armada y ejército inglés que la conquistaron, sufriendolos aún después que se restituyó a la América septentrional, según escribía Mr. Adair. Renovóse la epidemia el de 80, habiendo en esta Plaza un armamento y guarnición numerosa a causa de la guerra con la Gran Bretaña. Finalmente en el mes de Junio de 94 luego que entraron en este puerto los buques que estuvieron en Ocoa y Bayaha, volvió a repetir con grande violencia, difundiéndose no sólo en la marinería y tropa europea, sino también en muchos americanos naturales de otras provincias, y de este mismo país. Hubo quien opinase que esta epidemia fué causada por contagio conducido en dos fragatas, la una inglesa, y la otra angloamericana que vinieron de las Colonias del norte, asoladas entonces por esa enfermedad. Pero antes que arribaran a este puerto las referidas embarcaciones ya habían fallecido en los Hospitales muchos enfermos del Vómito Negro: fuera de esto, sus tripulaciones llegaron sanas y permanecieron así hasta pasados más de 16 días.

El Estío, esa estación en la que los rayos del Sol nos hieren casi perpendicularmente, y la atmósfera está cargada de vapores húmedos, fueron las causas externas que la produjeron. En este mismo tiempo hemos experimentado las dos anteriores que he referido, y Makittrick y Moultrie observaron que en los meses de Junio, Julio y Agosto era cuando reinaba en la América septentrional y en las Antillas, aunque en el Invierno se han solido ver algunos enfermos. Lo cierto es que el terrible huracán que padecimos el 20 de Agosto de 1794, purificando la atmósfera y produciendo un nuevo temperamento,³ disipó la epidemia, y alivió a los enfermos mucho más que todos los auxilios de la Medicina. No siéndome posible visitar aquel día los que estaban a mi cargo en el Hospital de Marina establecido en el Arsenal, ni permitiendo la intemperie proporcionarles el alimento conveniente creí encontrarlos el 29 en el estado más deplorable; pero transportado de gozo y admiración hallé a unos enteramente sanos y a otros muy próximos a disfrutar del mismo beneficio. Lo propio aconteció a Moultrie en la Carolina del Norte el año 1745. Asolada aquella provincia por la fiebre amarilla desde el mes de Jusio, dejó de afligirla cuando el 21 de Septiembre hubo un frío tan intenso que llegó el mercurio en el termómetro de Farenheit a los 58 grados, no habiendo enfermado después en toda la provincia más que dos o tres individuos.

³ A las doce del día estuvo el termómetro de Farenheit en los 81 grad. que equivale en Reaumur a 21 y med: a las 2 en 81 y 5 lin: a las 3 y 5 min., en 82: a las 10 de la noche en 81 y 5: el día 25 a las 4 de la tarde en 87 y 5 lin.: el 26 a las 12 del día en 88, que corresponde en Reaumur a 24: el 27 a las 6 de la mañ. en 86.

Artic. II DESCRIPCIÓN DEL VÓMITO NEGRO

Los sujetos a quienes principalmente invade esta dolencia, y los síntomas más indefectibles con que se presenta, han prestado fundamento para imponerla diversos nombres. Yo, prescindiendo de cuanto se ha dicho hasta ahora para clasificarla, la defino así: Synocho icterico, o con amarillez en la cutis, y vómito cruento.

Si observamos a toda la duración de este morbo, es muy difícil, y aún casi imposible confundirle con otro. Siendo siempre uno mismo consta de dos diferentes períodos, synocha y typhus inflamatorio y pútrido, comprendidos ambos exactamente en esta sola voz synocho; pero estos períodos varían en su extensión y en algunos síntomas, según la particular idiosincrasia de los sujetos a quienes acomete.

En los pletóricos, sanguíneo-biliosos o melancólicos, que han tenido una vida laboriosa, y se han excedido en los licores espirituosos, los períodos son mucho más cortos que en los pituitosos, sedentarios y sobrios; por esto Sauvages le divide en agudo y agudísimo. Las señales que con más frecuencia advertimos en el primer estado, las referiré observando el orden con que aparecen.

De repente y sin advertirse la causa se experimentan laxitudes, debilidad, e impotencia para ejercer las funciones así voluntarias como involuntarias. Síguese frecuentes vértigos, y un dolor agudo y con peso en la frente que hace inclinar la cabeza, cerrar los ojos, huir de la luz, y anhelar por la cama. Después de medio día aparece regularmente la fiebre precedida de una leve refrigeración y temblor: pasado un rato se siente calor intenso especialmente en la cavidad vital, la lengua árida y amarga, inapetencia y nauseas, sed insaciable, la cutis seca y áspera, aunque suele humedecerse en la parte superior; el pulso unas veces lleno duro y frecuente, otras profundo tardo y suave; el latido de las arterias temporales y carótidas se percibe con la vista; los ojos, todo el rostro, el cuello y el pecho se ponen rojos; la respiración es dificultosa; los hipocondrios se elevan unas veces más, otras menos, y se siente ardor y peso en la boca del estómago; cuando se toma el hígado duele y se encuentra un poco duro; el vientre se pone estíptico, aunque algunos suelen tener diarrea: la vigilia y la inquietud es casi continua, y si alguna vez se duerme, no es focial el sueño y es a cada instante interrumpido.

A las 24 horas se aumenta la fiebre y con ella todos los síntomas que he referido apareciendo otros dos aún más molestos, el hipo y el vómito. El primero aflige al enfermo muchas veces sin intermisión, y el segundo le hace arrojar primero el alimento y luego bilis, la que según los grados de acrimonia que va adquiriendo sale amarilla, verde, verde más oscuro y últimamente mezclada con la sangre. La angustia y congoja en los precordios se incrementan a proporción que repiten los vómitos. A las 36,

ó 48 horas se toca el pulso lento, pero abatido y débil; la náusea, el singulto y el vómito son menos continuos; el calor de la cutis se tempera, la sed no es tan intensa; se alivia el dolor de la cabeza, los vaguidos y el peso que oprimía los párpados de los ojos obligando a cerrarlos; respira el paciente con más franqueza, siente alguna tranquilidad, y cuando él y los asistentes se lisonjean de haber triunfado la naturaleza, sucede repentinamente una metamorfosis funesta.

La vigilia y el delirio se convierten en un letargo más o menos profundo: el color rojo de los ojos y de la cutis es un amarillo que paulatinamente va oscureciéndose: el pulso antes duro frecuente y elevado, ahora es profundo lánguido y algunas veces más lento que en el estado natural: los bordes de la lengua están ásperos y encarnados, y el centro de ella con una gruesa costra amarilla que en el progreso de la enfermedad llega a ponerse negra. Se aumenta la tensión y elevación del vientre, el dolor del hígado, las congojas y la dificultad de respirar. Nada apetece, ni puede retener nada en el estómago, porque el hipo y las náuseas le hacen arrojar no sólo el alimento y medicina, sino también la bilis corrompida y mezclada con una sangre negra y disuelta. No es la boca el único lugar por donde se derrama este humor: llegando al último grado de acrominia y disolución sale con abundancia por la nariz, por la orina, por el ano, por los oídos, filtrándose siempre por los poros de la lengua, de las encías, de los labios, y aún ha solido expelerse por todos los de la periferia.

Así permanece el enfermo 36 horas poco más o menos incrementándose por la tarde todos los síntomas, y agonizando en la noche, hasta que enteramente apoplético, y muy rara vez en su perfecta razón, exhala el espíritu entre angustias y convulsiones presentando el espectro más lastimoso y horrible.

Abierto en el Hospital de San Isidro el cadáver de un soldado que tendría como 30 años de edad, y había fallecido 6 horas antes, a los siete días de enfermedad, se halló la sangre contenida en los vasos del omento y en la vena porta oscura y muy líquida. El hígado poco mayor que en el estado natural, endurecido, amoratado y agangrenado la parte cóncava. Del mismo modo estaba el ventrículo, el intestino, duodeno, el íleo, y aquella porción del mesenterio más inmediata a este intestino. La vejiga de la hiel y el conducto choledoco se encontró lleno de una bilis espesa y negra como café fuerte. El pulmón y también el diafragma estaba inflamada por donde se aproxima al hígado. El pericardio derramó un licor seroso amarillo, demasiado espeso y abundante. La cutis se puso más amarilla que antes de morir, y llena de unas manchas moradas que parecían contusiones.

Algunos de los facultativos que presenciaron esta disección, atestaron, que en la epidemia del año de 80 habiendo abierto varios cadáveres encontraron los mismos fenómenos. Moultrie, Makittrick y Desportes observaron los propios, añadiendo el primero, que la bilis contenida en la vejiga de la hiel de un joven era tan espesa, que difícilmente pudo disol-

verla en agua, y la orina crasa negra y fétida. El segundo afirma, que el pulmón de otro le halló ileso, y en los intestinos muchas lombrices chatas. También las encontró Desportes, y habiendo examinado el cerebro de los que tuvieron delirios violentos, y sueños letárgicos, encontró inflamada la dura y pia mater, y la substancia cortical de un color rojo que solía comunicarse a la medular.

Si es imposible dejar de conocer el Vómito Negro cuando aparecen los síntomas aei segundo período, no es nada difícil equivocarle con otras enfermedades en el principio del primero: los médicos más sabios y perspicaces se han engañado. Makittrick confiesa, que sin embargo de haber curado en el Hospital de la Marina de la Antigua muchos enfermos de todas especies de fiebres pútridas, equivocó la terciana remitente con el Vómito Negro por la semejanza que tienen cuando empiezan. Lo propio aconteció a Huck, y fué también causa de que Pringle afirmase, que la fiebre amarilla era de la misma especie que la común remitente, o intermitente; pero ambos AA. convienen en que la primera es más vehemente, más pútrida y perniciosa; que los síntomas más violentos, y la calentura mayor debían esperarse las remisiones más claras.⁴

Distínguese el Vómito negro de las fiebres remitente o intermitente, en que éstas acometen tanto a los forasteros como a los naturales de cualquiera edad, sexo y condición; el Vómito negro puede decirse que es enfermedad propia de los advenedizos, pues rara vez la padecen los criollos, rarísima las mujeres, y jamás los negros. La fiebre terciana se presenta todos los años especialmente en el Estío y Otoño; el Vómito negro, si exceptuamos algunos casos muy raros, no le hemos visto sino en el Estío habiendo en este puerto alguna escuadra o ejército numeroso. En la fiebre terciana siendo las náuseas menos frecuentes que en la amarilla, se vomita con más facilidad, prontitud y abundancia. En el Vómito negro no se advierte alguna remisión en los síntomas hasta las 36 ó 40 horas; en las fiebres remitentes o intermitentes a las 24. La materia que se vomita en éstas es siempre una bilis pura; en el Vómito negro este mismo humor según los grados de acrimonia que va tomando sale cada vez más obscuro. Finalmente el dolor y la tensión en los hipocondrios, en el hígado y en la boca del estómago se experimenta en el Vómito negro desde que empieza; en la calentura remitente suele sentirse en el aumento.

Algunos han dicho que el Vómito negro es de la misma especie que la fiebre biliosa castrense; pero se distingue de ella, en que ésta regularmente remite por la madrugada con todos los síntomas mediante un sudor imperfecto; las hemorragias frecuentes en los fuertes de la accesión son por lo regular causa de que venga una completa remisión; las avacuaciones naturales por vómitos y cámaras son siempre favorables, y la amarillez, ni es tanta, ni tan común como en el Vómito Negro.

⁴ Observ. a cerca de las enferm. de los Ejércit. en los Camp. p. 3 cap. 5 Q 4.

Artic. III

CAUSAS DEL VÓMITO NEGRO

El clima es la causa externa que lo produce. Algunas regiones hay tan cálidas como la América; otras más húmedas. En las primeras el exceso del calórico produce enfermedades inflamatorias; en las segundas reina la inercia y la atonía, y con ella la putrefacción y los edemas. Reuniéndose en la América el calor y la humedad en un grado muy intenso, es preciso que experimentemos sus efectos en un morbo que siendo igualmente producido por ambas cualidades, sea inflamatorio y pútrido; tal es el Vómito negro.

Nuestros pueblos están casi todos rodeados de bosques y aguas estancadas. De ésta se eleva continuamente una densa nube de vapores húmedos; en aquéllos, detenido el aire se impregna de los hálitos que exhalan las plantas y maderas corrompidas, hasta que arrojándole los vientos impetuosos, se introduce en la atmósfera que respiramos. El ardiente calor del Estío podía disipar estas humedades; pero como las lluvias no son menos copiosas en esta ocasión que en el Otoño, anegada la tierra se levantan sobre ella más átomos húmedos que los que puede revolver el calor del sol. De aquí nuevas lluvias de estos otros vapores. Entretanto el hombre colocado en medio de este recíproco contraste de los astros y elementos, experimenta los efectos de su acción y reacción.

El nimio calor enrarece y aumenta el volumen de los flúidos más de lo que puede contenerse en el diámetro de los vasos; de donde resulta la plétora conmovida, según se explica Junkero, la turgencia y la extravasación. Disipada la parte más tenue de los humores se espesa el crasamento, y no pudiendo circular fácilmente se producen las diáthesis inflamatorias, atrabiliarias, la sequedad de los sólidos y las obstrucciones. El mismo calor agitando y atenuando la materia salina y oleosa la dispone a la acrimonia rancia y alcalina; de aquí provienen las fiebres biliosas, pútridas, ardientes, malignas, y las enfermedades agudas inflamatorias que de mil modos ofenden la economía animal.

No es menos nociva la demasiada humedad. Gorter juzga que el más sólido fundamento que tuvo Hipócrates para afirmar que en el Otoño son los morbos regularmente agudísimos y muy perniciosos fué, porque en el Estío aunque los humores excrementicios se corrompen y se hacen muy acrés, no obstante expeliéndose fácilmente por la insensible transpiración, no pueden causar mucho daño; pero impidiéndose esta evacuación por la humedad del Otoño, aquellos humores ya corrompidos adquieren una acrimonia más acerrima.

Pero quienes especialmente están más expuestos a sufrir las impresiones del clima americano son los europeos sanguíneo biliosos, melancólicos, pletóricos, y generalmente los que tienen el diámetro de los poros más estrecho por razón de su mayor proximidad al norte.

Transferidos a las regiones de la Zona tórrida cálidas y húmedas, se constipan más sus vasos exhalantes, y no pueden expeler aquellos hálitos que disgrega y coliqua el calor de la atmósfera.

A estos mismos forasteros los hace más o menos propensos a contraer el Vómito negro la dieta y el género de vida que tienen. Los que se alimentan con carnes saladas, pan seco, carecen de verduras, se excitan en trabajos recios y continuos, están expuestos al Sol, a las lluvias, a todas las intemperies, duermen al sereno, y finalmente vienen a la América en el Estío, y en buques cuya tripulación es demasiado numerosa; padecerán más bien esta dolencia que los que observaron lo contrario y tuvieron un temperamento pituitoso.

El hígado es la entraña donde principalmente hace sus estragos. Estando tan próximo al omento y mesenterio, recibe por los conductos adiposos, o por los mismos vasos sanguíneos más porción de substancia oleosa que alguna otra parte; y como aquella materia es la más propensa al rancio, los flúidos contenidos en el hígado son los más expuestos a la acrimonia. También son los menos puros y proficuos. Cuando llegan a él ya han transitado por el ventrículo, por los intestinos, el omento, el bazo, y el páncreas, también han pasado con mucha lentitud por las venas mesaraicas y por la porta. Después de una circulación tan dilatada en que las partes han atraído para nutrirse la porción más tenue y homogénea de los líquidos, sólo llega al hígado la más crasa y llena de las muchas heces que contrae en su tránsito por los intestinos gruesos. De la lentitud del movimiento y espesura de los humores proviene la obstrucción: de la acrimonia la inflamación, el espasmo, el dolor, la supuración, la gangrena: de la obstrucción o del espasmo en los vasos del hígado el color ictérico que notamos en los enfermos del Vómito negro.

Makittrick siguiendo la doctrina de Pringle juzga, que esta amarillez más bien se produce por la linfa que por la bilis; pero a más de ser contraria a la experiencia de la razón en que se funda, Moultrie le impugna con otra solidísima. Burserio, Selle y Monro el hijo enseñaron, que sin espasmo ni obstrucción en el hígado ni en los vasos biliaris podía resultar el color ictérico. No dudo que el meconio acumulado en los intestinos de modo que impida a la bilis bajar al duodeno, sea por sí solo suficiente para causar la ictericia de los niños recién nacidos; mas en el Vómito negro el dolor en el hígado, la tensión, la dureza y los productos morbosos que en él se hallan en la disección, suponen algún daño. Así lo creyó Moultrie, cuando dijo: que el color ictérico en esta enfermedad procedía principalmente del reflujo que hacía la bilis encontrando obstruidos los conductos secretorios por su misma espesura, o contraídos por algún espasmo. En los cadáveres se encuentra la bilis contenida en los poros biliaris y en la vejiga de la hiel tan espesa, que no puede transitar al conducto choledoco y al intestino duodeno; de aquí es que retrocediendo a la masa de la sangre, y derramándose en toda la cutis por los vasos capilares, la tñe de color amarillo que la es propio.

Mezclándose con la sangre la disuelve, y comunicándola su cualidad acre corroe los vasos derramándose por la nariz, por la lengua, las encías, por la orina y por el ano. Descendiendo esta sangre al estómago ya inflamado por su contigüidad con el hígado, excita las náuseas y se arroja por la boca. La misma inflamación de esas dos entrañas extendiéndose al diafragma no contribuye menos al hipo, que las partículas acres de la bilis que punzan aquella membrana. El pulmón participa muchas veces del mismo vicio por su inmediación a esta parte, y de aquí resulta la difícil respiración y la angustia en los precordios; como de la inflamación del hígado y del omento la congoja y dolor en los hicondrios.

Paréceme superfluo explicar como al estado inflamatorio suceda el pútrido, siendo ya muy sabido que en el Synochus sigue el Typhus al Synocha. Así como en las inflamaciones tópicas cuando por la magnitud del morbo, no pueden resolverse, ni terminarse por una perfecta supuración, inmediatamente resulta la gangrena y de ésta el esfacelo que es el último grado de la putrefacción; del propio, modo, inflamados los líquidos de tal suerte que la naturaleza no puede restituirlos a su estado natural, empiezan a corromperse, fomentan la gangrena, y sobreviene la insensibilidad, la atonía, la refrigeración, los sudores copiosos, el letargo y la apoplejía. De aquí también proviene que en el segundo período del Vómito negro no se forme en la sangre aquella costra amarilla que advertimos en otras enfermedades inflamatorias; ni se separe el suero del crasamente; ni se encuentra en ella algún globo rojo; antes es muy oscura y líquida, y exhala un olor cadavérico en el mismo instante que sale del cuerpo por hemorragia o por sangría.

Artic. IV

PRONÓSTICO DEL VÓMITO NEGRO

Para manifestar la malignidad de este morbo, y confundir la procacidad de los que atribuyeron a ignorancia de los médicos la mortandad que se experimentó en la epidemia del año 1794, me ha parecido oportuno referir el pronóstico que hace Hipócrates de cada uno de los síntomas que se observan en esta dolencia.

“En las fiebres — dice este sabio —, es malo el calor vehemente en el estómago, y el dolor en su parte superior. También es malo sobrevenga la ictericia en las fiebres antes del día séptimo, se endurezca el hígado a presencia del morbo regio, y acompañe el hipo a la inflamación de esta entraña. Cualquiera fiebre continua si al tercer día se hiciere más vehemente, será más peligrosa: si sobreviniera delirio, y dificultad de respirar, o si las partes externas estuvieren frías, y las interiores ardientes y hubiese sed, será mortal.

Después de las copiosas evacuaciones de sangre es malo el delirio, la convulsión y el hipo⁵.

Si cada uno de estos síntomas es por sí solo bastante para hacer un pronóstico funesto de la enfermedad en que aparecen. ¿Qué no debemos tener en el Vómito negro donde todos se reúnen y afligen con la mayor vehemencia? Pues aún hay otras señales menos equívocas de la malignidad de este morbo.

“Las evacuaciones negras — continúa Hipócrates —, semejantes a una sangre negra si se hicieron espontáneamente habiendo o no calentura, son pesimas.⁶ Si en el principio de cualquiera enfermedad se arroja la atrabilis por la parte superior o inferior, será mortal.” Finalmente adquiriendo con su sabiduría y experiencia otros conocimientos, llegó a vaticinar hasta el día de la muerte.⁷ “Cualquier sujeto, dice el Aforismo siguiente que estando extenuado por enfermedades agudas o crónicas, o por heridas, arroja atrabilis semejante a una sangre negra, fallecerá al tercer día.”

¿Y no es esto lo mismo que ha sucedido a los enfermos del Vómito negro? De la conformidad de sus principales caracteres con los que refiere Hipócrates en estos lugares, infiere Desportes, que los habitantes de la Grecia y del Archipiélago son afligidos de unas enfermedades muy semejantes a las nuestras.

Así pues, cuando advertía que sin una remisión sensible se incrementaba la fiebre a las 24 horas, con ella la debilidad, el dolor en la cabeza y en el hígado, la angustia y congoja en la parte superior del estómago; que la sed era insaciable, la lengua encarnada y áspera, el calor inmoderado, el pulso pequeño y veloz, los ojos y el rostro muy rojos, los hipondrios más elevados y duros; si el hipo y los vómitos eran más frecuentes, mayor la vigilia, el delirio y la inquietud; si a las 36 ó 48 horas sobrevenía la ictericia acompañada de sudores fríos, sed vehemente, temblor en la lengua, en los brazos y en otras partes, manchas oscuras en el pecho y cuello, vómitos y cursos de un humor negro muy fétido y líquido; si por las encías y la lengua se filtraba la sangre, y la orina era sanguinolenta, entonces pronosticaba la muerte.

Al contrario, observé que la enfermedad terminaba felizmente cuando por la mañana se remitía la fiebre y la sed; el calor, la vigilia y el delirio no molestaban en los próximos vespertinos; cuando cesando el hipo y el vómito retenía los alimentos y medicinas; cuando acaecía una diarrea biliosa, o alguna hemorragia por la nariz que leos de postrar fortalecía; finalmente cuando a las 36, ó 48 horas dormía el enfermo, sudaba copiosamente, se disipaba el color amarillo y todos los síntomas que he referido.

⁵ Véanse los Aforism. 43, 48, 50, 65 del lib. 4.: el 3 del lib. 5, y el 9 del lib. 7.

⁶ Lib. 4. Aforism. 21.

⁷ Ibid. aforism. 22.

Artic. V

MÉTODO PRESERVATIVO DEL VÓMITO NEGRO

No me detendrá mucho en recomendar lo que deba observarse para precaver este morbo. Algunas observaciones especiales será lo único que podré añadir a lo mucho que se ha escrito sobre los medios de evitar las enfermedades de los marineros: hasta Raynal prescribe reglas para conservarse sanos los que vienen a la América. Pero aunque a éstos viajeros no se dirija directamente el tratado de las enfermedades de los navegantes por Mr. Desperriérs, y su Memoria sobre las ventajas que resultarían de mudarles el alimento, yo recomiendo la lectura de estas obras; ellas por analogismo serán muy útiles a nuestro intento: como también el Discurso de Pringle que termina la relación de los viajes del célebre Cook, y la Memoria que éste presentó a la Sociedad de Medicina de Londres. En ella expone las sencillas preocupaciones con que por espacio de 3 años y 18 días viajó por los diferentes climas situados desde los 5° del Norte hasta los 71° del Sud, sin que se le hubiese muerto de enfermedad más que un solo hombre, de 118 que componían su tripulación.

Abstenerse de carnes saladas, licores espirituosos, aguas corrompidas; comer verduras, frutas subácidas, alimentos sazonados con vinagre, será lo primero que debe observarse. Sobre todo, el uso del vinagre que tan fácilmente se puede proporcionar, es capaz de contener los progresos del vómito, cuando no pueden evitarse las causas que lo excitan. Si no fueran tan notorias las virtudes que se le atribuyen, los benéficos efectos que ha producido en todos los tiempos y países, yo le recomendaría con hechos y razones. Un poco de este líquido, o de algún otro ácido vegetal con una moderada porción de aguardiente, hará proficua el agua más desagradable y nociva. El ponche preservó del vómito negro a casi todos los oficiales de la escuadra de Vernon, cuando las armas españolas la arrojaron de Cartagena de Indias. Así lo escribe A. Moultrie uno de los cirujanos de aquella Armada.

Como el Estío es la estación en que con más frecuencia se experimenta el vómito especialmente si llegan muchos buques y sus tripulaciones son numerosas; convendría que nuestras escuadras no arribasen a estas regiones en semejante ocasión; pero si la necesidad lo exigiere, se evitarán cuanto posible sea los trabajos recios al sol y a las lluvias, dormir sereno, desabriganse cuando corra algún aire húmedo y beber agua pura estando el cuerno muy acalorado.

Mas si no se observa el mayor aseo y limpieza, todas las demás preocupaciones serán ineficaces. Cook, con aquella propia mano que dirigía el timón por los mares desconocidos, con ella misma aseaba su buque; así conservó su gente tan sana, cual no hubiera podido estarlo más en el pueblo mejor situado. El fuego era uno de los principales recursos que se usaban. Hacía conducir un brazero por los lugares más ocultos de los entrepuentes, para que calentándose el aire se hiciese más leve, y saliera

por las escotillas a la atmósfera. Algunas veces quemaba un poco de pólvora, y en los parajes más inferiores donde no podía descender el humo, regaba espíritu de azufre o de nitro.

Paréceme muy conveniente extraer con frecuencia las aguas que se recogen en la caja de la bomba, para evitar que demorándose en ella se corrompan y exhalen vapores méfíticos: lávense las entrepuentes, sahúmense con incienso o semilla de enebro, y después de renovar el aire con la Utilísima máquina de Hales, o con un brazero, rocíense todas con vinagre.

Muchas veces las epidemias del Vómito negro se han causado por las hábitos que salen de los cuerpos corrompidos en las bodegas de los bajeles. La que se experimentó en Filadelfia y se extendió rápidamente por todas las Provincias Unidas el año 1794, se atribuyó a la fetidez que exhalaba una embarcación que entró en aquel Puerto cargada de cueros ya podridos.

“Jaime Molan escribe, que estando en la Barbada el año 1793 arribó a aquella Isla el navio inglés Pilgrin conduciendo apresada una embarcación francesa llamada el Indio Oriental. Las tripulaciones de ambos Buques se conservaron perfectamente sanas, hasta que se abrió la bodega del Indio Oriental, y arrojó un hedor insufrible proveniente de algunos sacos de pimienta que pegados a la bomba se habían corrompido. Es digno de advertirse que todos los hombres blancos que sacaron la pimienta de la bodega, fueron al punto atacados de la fiebre amarilla, y todos murieron; y lo que es más notable, también sufrieron la misma suerte los negros que les auxiliaron. De aquí se extendió su venenoso influjo por todo el Bridgetow con tal malignidad que jamás ha tenido semejante. Traté con frecuencia a los Oficiales y pasajeros, quienes declararon que el Puerto de donde habían salido estaba sano: que ninguno del Buque enfermó durante el viaje, y que cuando arribaron a la Barbada no había en esta Isla contagio alguno... El año 1794 asistí a la Guadalupe por encargo del General Dundan a los prisioneros franceses que montaban a 2000. En el almacén del Fuerte Carlos rompió la fiebre amarilla, producida por la putrefacción de algunos sacos de arroz y pan. Corrió prontamente por toda la tropa, y en el espacio de dos o tres semanas murieron algunos centenares, entre ellos el General y varios de sus Oficiales. En el Departamento que yo curaba, receté por agua común una tisana de tamarindos nitrada, abstinencia de todo licor espirituoso, y mucho aseo: el resultado fue “que ninguno de los prisioneros que observó este régimen, se contagió, aunque se veían rodeados de otros que lo estaban aparte”⁸

Me ha parecido muy conveniente intercalar estos hechos, que llegaron a mi noticia cuando estaba ya imprimiéndose el presente artículo, por

⁸ Gazeta federal de Baltimore. Agosto 25 de 1797.

las grandes utilidades que pueden resultar a la humanidad. El médico conociendo por ellos qué este morbo es uno de los más contagiosos, nada omitirá para contener sus progresos. El Magistrado celoso de conservar la salud de su pueblo, vigilará sobre los almacenes de víveres, para evitar que de su corrupción se originen semejantes catástrofes; y encargará a los sujetos a quienes confía el reconocimiento de las embarcaciones, lo ejecuten con la más escrupulosa exactitud. Finalmente los Maestres y propietarios de barcos ventilarán continuamente las bodegas; y en lugar de las medias puertas de que usan, pondrán si es posible unas escotillas: éste será un medio no sólo para precaver la putrefacción, sino también para disipar algunos vapores nocivos que suelen engendrarse a bordo.

Las medicinas que preservan del Vómito son las sangrías hasta corregir la plétora o el orgasmo, los suaves laxantes cuando hubiera caco- chylia, los pediluvios, los baños generales, los ácidos y el moderado uso de las cosas no naturales. Observando estas reglas del modo que lo exigieren la particular idiosincrasia de cada sujeto, su edad, su género de vida, la estación, y el lugar en que se hallare, podrá evitarse tan maligna enfermedad; pero si no obstante se incidiere en ella, será preciso ocurrir a una curación metódica.

Artic. VI

MÉTODO CURATIVO DEL VÓMITO NEGRO

Si la atmósfera pura y fresca es uno de los mayores preservativos de esta dolencia, será también convenientísima para contener su incremento. La sed, la ansiedad, la difícil respiración, el calor vehemente de la calentura, todo pide se coloque el enfermo en una pieza espaciosa donde corra el aire libremente, se renueve con frecuencia, y se refresque rociando con vinagre el suelo y las paredes. Pero como el aire aún el más frío no es suficiente para mitigar el incendio que abrasa las entrañas de estos pacientes, es preciso usar al mismo tiempo de otros auxilios más poderosos. La naturaleza, ella misma nos los ofrece. Esta madre benéfica más solícita en conservar nuestras vidas que en fomentar nuestro lujo, ocultó sus preciosos metales en los senos de la tierra, y prodigó sobre su faz lo que necesitar pudiésemos para satisfacer nuestras urgencias. Si el clima de la América es uno de los más ardientes, su terreno produce una porción numerosa de frutos los más ácidos, capaces de enervar los calores de la Zona tórrida. El Limón, las Naranjas, el Tamarindo, la Piña, la Guanábana, y otros vegetales menos ácidos, son otros tantos antidotos que la naturaleza nos presenta cuando experimentamos el Vómito negro y cuando la acción directa de los rayos del Sol nos causan las más agudas y vehementes enfermedades.

Así pues debe permitirse a los enfermos del Vómito beban cuanta agua apetezcan acidulándosela gratamente con alguno de estos frutos. A todos he preferido el Tamarindo; porque a más de los saludables efectos

que produce como ácido, es al mismo tiempo laxante. Esta virtud podrá aumentarse agregándole un poco del crémor de tártaro, o del tártaro vitriolado, o de alguna otra sal digestiva. De este modo será suficiente para mitigar la sed, precaver la putrefacción, refrenar la bilis y evacuarla causando una diarrea muy proficua. Cuando la lengua tuviere una gruesa crápula, y la sed no molestare, los ácidos pueden ser nocivos. Entonces convendrá más bien una tisana de cebada tartarizada.

Si esto no moviere el vientre, se excitará con repetidos enemas emolientes, diluentes y nitrados. Estas inyecciones no sólo deponen los excrementos contenidos en los intestinos, los laxan y humedecen, promueven sin movimiento peristáltico, y conteniendo el antiperistáltico precaven el vómito; si también se introducen en las venas mesaraicas, y con su virtud antiflogística diluyen y temperan la sangre. El mismo efecto producen comunicándose por las venas mesentéricas a la porta, y por ésta al hígado. Esa entraña que es la que principalmente padece en el Vómito negro, recibirá con los enemas un auxilio muy pronto y eficaz. Makitrick aconseja se echen cuatro, o seis en los primeros días, hasta que se consiga alguna diarrea o empiece el período pútrido: yo juzgo conveniente continuarlas aún en éste tiempo. Si el Vómito fuere tan continuo que no permita retener los alimentos, podrán estas ayudas ser también nutritivas haciendo hervir en leche hojas de malvas, raíz de altea, cebada, avena, arroz, agregándolas una o dos dracmas de sal de nitro, y un poco de azúcar; si no fuere el vómito muy repetido, al cocimiento de esos vegetales hecho en agua se añadirá la pulpa de casia, con la de tamarindos o vinagre.

Pero como estas lavativas sólo extraen los materiales contenidos en los intestinos, y es necesario para corregir la cacochylia y la bilis corrompida que se haya en el canal alimentario, administrar un medicamento capaz de ejecutarlo. Los vómitos biliosos parecen indicar que este humor debe deponerse por la parte superior, según esta sentencia de Hipócrates: Conviene evacuar por donde se inclina la naturaleza; pero todos los AA. que han escrito sobre la presente enfermedad, reprueban el uso de los eméticos, habiendo observado que aún la misma ipecacuana y los polvos de James producen pésimos efectos.

Como el vómito sea el síntoma más peligroso, el que más aflige a estos enfermos; y como en la disección de sus cadáveres se ha visto inflamado y aún gangrenado el estómago, el hígado, el diafragma y otras partes, exaltaría la calentura, y facilitando el derrame de la bilis causaría unas náuseas continuas e irreparables.

En esta virtud se proscribe el uso de los antimoniales solos, y de todos los eméticos activos. Los médicos de los hospitales de la Martinica, Mr. Adair y Huck hacían hervir en 8 onzas de agua, media de tamarindos, dos de maná, y dos granos de tártaro emético y dividiéndola en cuatro partes daban una cada hora, hasta que movía el vientre. Huck procuraba conservar esta evacuación administrando de tiempo en tiempo dos o tres cucharadas más, hasta que la remisión se manifestaba clara.

Mr. Hillary, escribe Monro, considerando que la mayor parte de la curación de esta enfermedad consiste en evacuar con toda la brevedad posible gran cantidad de bilis, hacía beber al enfermo mucha agua tibia, a la que solía añadir un poco de oximiel escilítico, con lo que conseguía hacerse siete u ocho vómitos; después le daba un grano o gramo y medio de opio, para que conciliase el sueño, y se restableciera el estómago. En las dos horas siguientes no tomaba nada, y si no había obrado, le echaba una lavativa laxante. Después de haberle dejado descansar seis horas, le administraba un purgante benigno, para evacuar la bilis corrompida, repitiéndole durante el curso de la enfermedad todas las veces que el paciente tenía ansiedad, y una sensación de ardor en la boca del estómago, lo cual casi siempre proviene de los humores biliosos corrompidos.⁹

No son necesarias tantas autoridades para manifestar la precisión de evacuar; los síntomas que indican la cacochylia son los más sólidos argumentos que lo persuaden; y como éstos regularmente se presentan en todo el tiempo del morbo, no debemos despreciar su indicación, siempre que las fuerzas lo toleren, aunque parezca excesiva la porción de humor que se haya depuesto. Dos onzas de maná, una de tamarindos y media de sal de Glauber disueltos en seis onzas de suero, ha sido el laxante de que he usado, dividiéndolo en cuatro partes, y dándolas según lo exigían las circunstancias. Mas como muchas veces sucede que las náuseas hagan arrojar los medicamentos líquidos que se administran para este objeto, será preciso ocurrir a píldoras hechas con los polvos cornachinos, o con otros purgantes los menos drásticos y activos.

Antes de administrar el laxantes se debe corregir la plétora si la hubiere con aquellas sangrías que por el pulso y el carácter de la enfermedad se juzgaren convenientes. El peso y el dolor en la cabeza, la pulsación de las arterias temporales, la plenitud de las venas yugulares, el color rojo de los ojos y de todo el rostro, el calor de la fiebre, la sed, la difícil respiración, la dureza del pulso, todo indica que ha de cercenarse la cantidad de sangre, para que más fácilmente puedan corregirse sus cualidades.

Algunos creen que contraindican la sangría la suma disolución que se observa en la sangre, ora salga por hemorragia o por sangría; el periodo pútrido que sigue al inflamatorio; y finalmente los intimida esta autoridad de Celso: si se sangrase en el ímpetu de la fiebre vehemente, se matará el enfermo.¹⁰

¡Vanos temores! Hipócrates el primero y más sabio de los médicos dijo expresamente: en los morbos agudos conviene extraer la sangre, si la enfermedad es vehemente, si el enfermo fuere de edad floreciente, y sus fuerzas estuvieren constantes.¹¹ “La expresión ímpetu de la fiebre, ha de entenderse por el temblor o frío que precede a la accesión del calor en la calentura que describe Celso; pues la sangría en este tiempo sería

⁹ Medie, de Ejercit. tom. 2. pág. 321 y 322. Traducción francesa.

¹⁰ De Medie, lib. 2. cap. 10.

¹¹ De natur. vict. in morb. acut.

intempestiva y muy perniciosa. Pero como los paroxismos de la calentura de que tratamos son comúnmente sin frío después del primer insulto, no se debe atender a su observación en este caso, ni aún a otra, como no sea aquella en que se advierte no sangrar mientras duran los sudores". De este modo discurre Pringle tratando de las calenturas de Otoño remitentes e intermitentes de los Ejércitos, de los países bajos y pantanosos: calenturas tan semejantes a la Amarilla, que Huck curaba ésta siguiendo el método que prescribe aquel autor.

Como el período pútrido sea cuando aparece la sangre fétida negra y tan disuelta que nunca se separa el suero del crasamento; por tanto será peligrosísimo sangrar en este tiempo; sólo conviene hacerlo en el principio del inflamatorio. Así lo practicaban Hillary, Huck, Makittrick, Moultrie y cuantos han tratado sobre esta enfermedad. Pero cuidado no se confunda la plétora con el orgasmo; en este segundo caso será la sangría tan nociva como útil en el primero. Para hacerlo con más acierto y evitar el desmayo, se sacará la sangre en cortas cantidades juzgando por el pulso lo que debe extraerse. Si permaneciere constantemente lleno y duro, se repetirá la sangría; si se notare lánguido y abatido, se desistirá. Makittrick creyó sería convenientísimo para precaver el cómi vigil tal frecuente en esta enfermedad, hacer al principio una sangría en las arterias temporales, y aunque confiesa que nunca lo ejecutó, varias inducciones persuaden la utilidad de esta operación. Wan-Swieten prefiere en las fiebres ardientes la arteriotomía a la sección de las venas; y Bonet observó en los cadáveres de los que fallecían de enfermedades agudas, que las arterias estaban muy llenas, y las venas casi vacías.

Corregida la plétora y la cacochylia, nada más profícuo que el baño tibio para diluir los humores, laxar los sólidos, precaver las convulsiones, disminuir la inflamación, mitigar los dolores, promover las secreciones y conciliar un sueño grato. Hipócrates lo prescribía en la fiebre terciana; Galeno en las pútridas; Aecio y Celso en éstas y en las synochos; Prosper Alpino en las enfermedades producidas por el calor y sequedad, en las pútridas que se originan de la bilis exaltada, y en todas las inflamaciones. Dalrymple que navegó en la Escuadra de Vernon asegura, que el baño produjo maravillosos efectos, cuando todos los demás auxilios habían sido ineficaces para contener el Vómito. Yo lo he observado. El ha contenido la inflamación y el espasmo del hígado, de los intestinos y del vientre; él mitiga la angustia de los precordios, tempera el calor de la fiebre, y laxando la cutis y los intestinos facilita la expulsión de los humores nocivos por sudor, por la orina, o por alguna diarrea.

Pero como muchas veces no son bastantes todos estos remedios para precaver el vómito, es preciso recurrir a otros que corrijan inmediatamente este síntoma. Riverio dice, que su porción salina curaba en un momento y casi milagrosamente los vómitos de las calenturas pestilentes. Pingle la usaba con feliz éxito en la fiebre del Hospital. Makittrick y Moultrie la recomiendan en el Vómito negro, tomándola en el tiempo de la fermentación; y yo he conocido su utilidad administrándola del modo que Pringle

la prescribe. Al mismo tiempo aplicaba sobre el vientre cataplasmas emolientes, o lienzo empapados en vinagre. Pero nada juzga Makittrick tan eficaz para contener el vomito, y aún la misma cólera morbus, como la raíz de Colombo. No he podido experimentarlo, aunque con la mayor eficacia he solicitado este precioso vegetable. Sin embargo estoy casi persuadido de que él será el específico del Vómito negro, después de la Memoria que escribió sobre su naturaleza y propiedad Mr. Bertrand de la Gresie, cuyo extracto insertó Piñera en los Elementos de Medicina de Cullen.¹²

Algunos administran la emulsión de Wan-Swieten creyendo que los absorbentes sean capaces de embotar la acromonia pútrida de la bilis; pero siendo constante por las observaciones de Pringle que la Creta y todos los testáceos son sustancias sépticas que promueven la putrefacción, creo que si alguna vez ha sido favorable esta emulsión en el Vómito negro, su virtud no habrá consistido en los ojos de Cangrejos, sino en el Opio que contiene. No estoy enteramente persuadido de que éste sea antiséptico, aunque así lo juzgue el mismo Autor; tampoco ignoro que la parte resinosa del Opio aumenta al principio la irritabilidad y el eretismo, por cuya razón Moultrie y Warren lo reprueban en esta enfermedad: no obstante he observado que ningún remedio contenía el vómito con tanta prontitud y por tanto tiempo como el extracto Thebaico. Si me parecía oportuno diluirlo en una emulsión nitrada, y agregarle algún absorbente, siempre elegía la Magnesia, la cual constando de una base salina, no puede fomentar la putrefacción, y al propio tiempo es laxante.

Hasta aquí sólo he referido lo que deba hacerse en los tres primeros días, que es lo más que dura el primer período; al que he llamado inflamatorio no porque en él dejen de presentarse algunos síntomas de putrefacción, sino porque éstos en el principio del morbo no son tan frecuentes, ni tan agudos como los que indican la inflamación: lo contrario sucede en el segundo período. Antes que éstos aparezcan se nota en la calentura una remisión tan sensible, y tanto alivio y tranquilidad, que el enfermo y los asistentes se juzgan libres de todo peligro. Este tiempo de calma y de reposo en que parece haber vencido la Naturaleza la malignidad del morbo, es la ocasión más oportuna para reparar sus fuerzas, y darla vigor con que pueda resistir los nuevos conatos que contra ella se preparan. ¿Y quién sino la Quina tiene la virtud y energía necesaria para satisfacer todas las indicaciones que se nos presentan? Ella da tono a las fibras musculares cuando enervadas con los esfuerzos que hicieron en el estado inflamatorio, quedan lánguidas, expuestas a un desmayo. Ella evita otras accesiones; corrobora el estómago; purifica los líquidos, y precaviendo su putrefacción, impide también que éstos gangrenen las partes sólidas. Así pues, durante esta remisión es preciso darla en polvo, en extracto, o en cocimiento, según el estómago del paciente pudiere tolerarla, y en la dosis que el facultativo juzgare conveniente, agregándola algunos

¹² Lib. 3. Cap. 2.

cardiacos, antisépticos y diaforéticos. Cuantos han escrito sobre esta dolencia prefieren la infusión de la serpentaria de Virginia, el alcanfor, el azafrán anglicano, el espíritu de Minderero, el elixir ácido de vitriolo, el vino generoso y los ácidos vegetales. La idiosincrasia del enfermo, y los síntomas que más molestaran, indicarán la cantidad en que han de usarse éstos simples, y los que deban suprimirse.

Si las hemorragias fueran tan copiosas que amaguen alguna lipotimia, podrá ocurrirse a los astringentes. El alumbre en piedra, y el azúcar de Saturno las han contenido. La frialdad exterior, los sudores sincópticos, la deficiencia y laxitud se corregirá fomentando todo el cuerpo con espíritus aromáticos y sal de amoníaco.

En cuanto al uso de los vejigatorios discordan los prácticos, Warrer los reprueba en todo el curso de la enfermedad. Hillary no los consiente cuando esté muy adelantada. Miultrie sólo los permite desde el día quinto, juzgando que antes aumentaban la inflamación y promovían la gangrena. Makittrick opina lo contrario: cree que la gangrena ni es efecto de los cáusticos, sino que la falta de vigor vital, y de la putrefacción de los humores. Confírmalo con la feliz práctica de Wilson, Whytt y Mead. No sólo quiere que se apliquen al cerebro cuando hubiere coma o apoplejía, sino también sobre el mismo hígado, después de sajar alguna ventosa, para contener la inflamación y los vómitos.

Confieso que temí ejecutarlo, sin embargo de serme muy respetable la autoridad que estos escritores; pero considerando los benéficos efectos que produce en el dolor pleurítico, uno de los más agudos e inflamatorios; y observando igualmente que fue Utilísimo en dos inflamaciones del vientre; y aún en el mismo Vómito negro, no dudaré en lo sucesivo ponerlo en el epigastrio, y recomendar su uso desde el primer período de esta enfermedad.

Los pediluvios, las ventosas sajas en los omoplatos, los sinapismos, y las esponjas empapadas en vinagre y sal de amoníaco puestos en la cabeza después de rasurada, han sido los remedios de que me he valido cuando notaba pervertidas las funciones animales. Pero, valga la verdad, cuantos auxilios prescribía en el período pútrido eran ineficaces, siempre que en el inflamatorio no se había ocurrido oportunamente, y la experiencia me hace ratificar esta observación de Huck: las sangrías y los evacuantes en el principio, han sido muchas veces suficientes para curar la calentura y todos sus síntomas; mas si acaso por no haberla conocido el facultativo, o porque no fue llamado en tiempo se perdiese esta ocasión, todo será inútil y la muerte inevitable.

NOTA: Este artículo es una reproducción del folleto original que vio la luz en 1797, como se atestigua por la portada que del mismo se ofrece. Hasta ahora solo se conocía la copia que incluyó Ramon J. Valdes en Obras Escogidas del Dr. Tomas Romay, en la cual hay algunas alteraciones del texto.

Esta Disertación sobre Fiebre Amarilla no está mencionada en el Index-Catálogo de la Biblioteca del Surgeon General's Office, ni en el libro de Henry C. Carter.

Hasta la fecha solo conocemos de la existencia de dos ejemplares de este folleto, uno en La Habana, perteneciente a la Biblioteca privada del Dr. J. Beato Núñez, y el otro en la Biblioteca de Filadelfia denominada Library Company of Philadelphia, Ridway Branch. No fue traducida a otro idioma extranjero como erróneamente afirma Calcag- no en su Diccionario Biográfico.—(Dr. José López Sánchez).

